Enrique Menéndez y Pelayo

DOS SONETOS INÉDITOS

Gerardo Diego

ELEGÍA A ENRIQUE MENÉNDEZ

RAFAEL GÓMEZ DE TUDANCA

ADVERTENCIA PRELIMINAR

En la colección de manuscritos autógrafos de la Casona de Tudanca se guardan, encuadernados en tafilete morado de 240 x 175 mm., dos folios manuscritos y firmados por Enrique Menéndez y Pelayo. En letras capitulares en oro se ostentan, sobre el exterior de la 1.ª tapa, estos rótulos: E. MENENDEZ PELAYO / DOS SONETOS INEDITOS.

Los papeles en hilo, con marquilla que transparenta las filigranas capitales JCS, se encuentran con algún deterioro por aguda doblez al medio y un color ahuesado viejo. Los dos sonetos, sin título original, están escritos en tinta negra muy intensa y ciertamente constituyen por sus variantes un borrador original.

Desconocemos qué resuelta mano posterior osó introducir las variantes (probablemente apócrifas) a cinco versos de ambas composiciones, incluso adulterando en el 6.º verso del soneto II las sílabas reglamentarias del endecasílabo original.

Si bien José M.ª de Cossío, a cuyo legado pertenecen estos documentos del facsímil que ahora editamos, custodió el de Menéndez y Pelayo como inédito, al menos podemos asegurar que no ha sido publicado en libro.

En 1915 el mismo autor selecciona su obra poética para la antología meritoria y definitiva del *Cancionero de la vida quieta,* publicada por *Renacimiento.* Aquí no aparecen estos sonetos que, de haber estado compuestos, habrían merecido superar el autoexamen, pese a la severidad empleada por el selector.

Tampoco estas composiciones, dedicadas al escudero cervantino, aparecen reseñadas en la muy detallada *Bibliografía* que Eduardo Huidobro, a la muerte de Enrique Menéndez, publicó en el *BBMP,* núm. 4, julio-agosto 1921.

Los poemas bien parecen pertenecientes a los «días negros» del autor. Como la de siempre, pero más en la postrimería doliente del poeta, es una poesía sincera, de tono colmado de modestia, de asunto melancólico y de grave sentimiento moralizante. Son versos del refugio consolatorio del silencioso D. Enrique.

Cual cantos últimos del cisne «en canora clausura», hemos de situarlos en la época de la avanzada miopía y el envejecimiento prematuro, al borde o quizás totalmente dentro de la tiniebla óptica, achacoso el cuerpo, dolida y afligida el alma.

Podrían estos sonetos pertenecer a la misma circunstancia cronológica y vital que la doliente «Invocación a Fray Luis», o algo posteriores por la torpeza de la escritura tan desmañada, probablemente hecha a ciegas.

José M.ª de Cossío organizó un homenaje funeral, convocando a los poetas al modo romántico en honor del noble montañés desaparecido, con el título *Sobre la tumba de Enrique Menéndez y Pelayo,* en la colección de *Libros para amigos,* edición numerada no venal de 200 ejemplares, salida a la luz en Valladolid el 16 de junio de 1924. En esta *Corona poética de sus amigos* se encuentra la Elegía «A Enrique Menéndez», de Gerardo Diego.

Un año más tarde quedaba el romance incluido definitivamente en el libro *Versos humanos,* publicado por *Renacimiento.* El manuscrito autógrafo de todo este poemario, premiado en el Concurso Nacional de Literatura (1924-1925) y dedicado a José M.ª de Cossío, se cierra con la fecha 30-XII-1924 y se guarda encuadernado en pergamino en la Casona de Tudanca. Está

compuesto por 103 folios, de 215 x 150 mm., papel vulgar rayado, en tinta negra muy débil, pero en perfecto estado de conservación. En la junta del poemario se han contabilizado 46 composiciones, y en el inventario figura la elegía al «dulce Enrique Menéndez» con el número 35.

En el amoroso *Estudio preliminar* de Gerardo Diego, con el que se introduce en la selección de la obra de E. Menéndez y Pelayo, publicada en la *Antología de Escritores y Artistas Montañeses*, dirigida por Ignacio Aguilera, núm. X, Santander, 1951, se advierte lo siguiente:

> *... rendimos el último tributo, el de una oración conmovida, al poeta predilecto de nuestro corazón.*

El manuscrito autógrafo del conmovido tributo de Gerardo Diego es el que ahora publicamos en facsímil, acompañando a los sonetos inéditos de Enrique Menéndez.

Juntos aquí en la escritura original. Unidos entrañablemente en la vida. Ahora para siempre ambos poetas de Cantabria supervivientes en su obra y vinculados como una sola familia doméstica, en el mismo hogar y en el mismo huerto perenne del dulce amigo.

Sirva este homenaje para celebrar la donación y la constitución de la Biblioteca de Gerardo Diego dentro del área cultural y en la Casa-Museo de los hermanos Menéndez y Pelayo. Es cumplido un sueño remoto y una voluntad explícita del gran poeta de *Versos humanos*, y es una honra incomparable para la ciudad de Santander y para toda la Montaña. Y sin duda Don Marcelino se sentiría encantado de acoger estas páginas entre los estudios que en este libro se le dedican.

RAFAEL GÓMEZ DE TUDANCA

BBMP

I.

¡Oh mi fiel escudero, Ideal santo:
Para reñir de nuevo otra cruzada
vísteme esa armadura ~~yi~~ oxidada
que me paró los golpes y el espanto.

Cuelga en mis hombros el raído manto.
~~ciñeme~~ prendeme al cinto ~~luego~~ la vetusta espada;
súbeme a estribo y la visera ~~del~~ calada
cabalgaré sobre el corcel Canto.

Cuando la fé y la patria extremecidas
gimen de ~~nuevos~~ rudos golpes al embate
¿no habrán de ser por todos socorridas?
~~Todos han de vengar esas heridas.~~

La ley universal no exime al vate
y para defender tan altas vidas
hasta la lira es arma de combate.

I

¡Oh mi fiel escudero, Ideal santo!
Para reñir de nuevo otra cruzada
vísteme esa armadura ya oxidada
que me paró los golpes y el espanto.

Cuelga en mis hombros el raído manto,
préndeme luego la vetusta espada;
ténme el estribo y la visera alzada,
cabalgaré sobre el corcel del canto.

Cuando la fé y la patria estremecidas
gimen de nuevos golpes el embate
todos han de vengar esas heridas:

la ley universal no exime al vate
y para defender tan altas vidas
hasta la lira es arma de combate.

IV.

Mas ¿qué jornada es esta que imagino?
¿Cómo vamos á andarla, mi escudero,
si se apagó en los aires el lucero
y han borrado las sombras el camino?

Cada ~~lis al~~ obedezca á su destino:
suspire ~~llore~~ el doliente y bátase el guerrero
~~Yo~~, en lugar de la brida y el acero,
empuñaré el bordón del peregrino.

Ocasión de luchar tiene el doliente:
quizá el orgullo en el pesar ~~dolor~~ estalla
más bravo que en las dichas é insolente...

Si en mi afligido corazón se acalla,
¡harto habrá merecido este valiente
con ganarse á sí propio la batalla!

Enrique Menéndez Pelayo

II

Mas ¿qué jornada es esta que imagino?
¿Cómo vamos a andarla, mi escudero,
si se apagó en los aires el lucero
y han borrado las sombras el camino?

Cada cual obedezca a su destino:
llore el doliente y bátase el guerrero.
Yo, en lugar de la brida y el acero,
empuñaré el bordón del peregrino.

Ocasión de luchar tiene el doliente:
quizá el orgullo en el dolor estalla
más bravo que en las dichas e insolente...

Si en mi afligido corazón se acalla,
¡harto habrá merecido este valiente
con ganarse a sí propio la batalla!

Enrique Menéndez y Pelayo

A ENRIQUE MENENDEZ

Una humilde corona,
Julio Enrique Menéndez,
de eternas siempre vivas
quisiera entrelazarte.

que sobre tu sepulcro
callados balanceen
sus espigados Vallos
al soplo del mediodía.

Tú, que amabas las flores
de tu huerto adorado,
tu huerto que en Asturias
tristemente florece.

A ENRIQUE MENÉNDEZ

Una humilde corona,
dulce Enrique Menéndez,
de eternas siemprevivas
quisiera entretejerte,

que sobre tu sepulcro
calladas balanceen
sus espigados tallos
al soplo del nordeste.

Tú que amabas las flores
de tu huerto obediente,
tu huerto que en tu ausencia
tristemente florece,

aceptame estas pocas
florecillas silvestres
regadas de mis lágrimas
entre mis manos leves,

Flores de cada día
que corté amorosamente
de mis pobres jardines
efímeros y estériles,

flores de cada hora
que mi tierra me ofrece
para adornar altares,
para de corazón dignos

Y qué aroma más bendito
que la respiran ayente,
divina jamás triste
sin cantos que la alegre.

acéptame estas pocas
florecillas silvestres
regadas de mis lágrimas
entre mis manos leves.

Flores de cada día
que corté amargamente
de mis pobres jardines
efímeros y estériles,

flores de cada hora
que mi tierra me ofrece
para adornar altares,
para decorar sienes.

Y qué ara más bendita
que tu sepulcro agreste,
divina jaula triste
sin cantor que la alegre.

Y a que sigue así,
corona de laureles
como a estas tuyas nuevas
que ya nunca encanecen.

Aquí, pues, te has dejado
desmayadas y flébiles,
pues a nadie le digas,
que hoy he venido a verte.

Los días van pasando.
Van pasando los meses
las flores y los pájaros
han vuelto, y tú no vuelves.

Te arranco de nosotros
la lenta dolorosa muerte
y desde entonces piras
huertas siempre perennes.

Y a qué sienes ceñir
corona de laureles
como a estas tuyas nuevas
que ya nunca encanecen.

Aquí, pues, te las dejo
desmayadas y flébiles,
pero a nadie le digas
que hoy he venido a verte.

Los días van pasando.
Van pasando los meses.
Las flores y los pájaros
han vuelto y tú no vuelves.

Te arrancó de nosotros
la burladora muerte,
y desde entonces pisas
huertos siempre perennes.

Ultraje, los poetas,
justicieros terrestres,
cantamos y cantamos
las flores del poniente.

Las del alba tirito
las cosechas celeste,
del jardín de la vida
tras el mar de la muerte.

Te fuiste hoy, y seguimos,
torpemente vivientes.
Qué vergüenza vivir
mando los buenos mueren.

Terna estas flores tristes
dulce Enrique Menéndez,
pues a nadie le diga,
que hoy he venido a verte.

Fernando Díez

30-XII-1924

Abajo, los poetas,
jardineros terrestres,
cantamos y cortamos
las flores del poniente.

Las del alba tú sólo
las cosechas celeste,
del jardín de la vida
tras el mar de la muerte.

Te fuiste tú, y seguimos
torpemente vivientes.
Qué vergüenza vivir
cuando los buenos mueren.

Toma estas flores tristes,
dulce Enrique Menéndez,
pero a nadie le digas
que hoy he venido a verte.

Gerardo Diego